



Dossier en homenaje a Rubén Vasconi

In memoriam Rubén Vasconi

DANIEL TRAPANI¹

Hace casi cuarenta años fui su alumno en la Facultad de Humanidades y Artes, en Rosario. Aprendí en sus clases de Antropología filosófica la mejor versión posible de cada pensador que abordaba, lo más intrigante de cada problema que presentaba. El paso de esa asimetría inicial a una relación amical fue un proceso paulatino y continuo, con sus quiebres y sus cercanías. El tiempo nos regaló vacaciones compartidas en su querido noroeste; cenas en las que celebrábamos su cumpleaños en familia y con amigos, algo que siempre agradecía emocionado; cafés en su casa o en la mía, en la que cultivábamos la intimidad o entablábamos una discusión. Tantas reuniones, tantos diálogos, tanta vida en tanto tiempo. No coincidíamos en actitudes vitales, su pretensión estoica no se llevaba bien con lo que él concebía en mí como una inconducente indignación. No nos unía ninguna escuela filosófica, los autores que yo frecuentaba le parecían demasiado estructurados, prefería otras corrientes que, a mi juicio, eran algo imprecisas. Pero nos interesaba escucharnos, porque a pesar de esas diferencias las inquietudes eran próximas, nos unía quizá esa cada vez más rara preocupación por saber y, sin dudas, lo más importante, nos unía un mutuo aprecio. Quien lo tratara sentía que estaba frente a una persona correcta, esto es, amable, urbana, respetuosa, prudente. Esos rasgos lo hacían alguien con el que era difícil enemistarse y al que resultaba sencillo apreciar. Rubén Vasconi era una persona apreciable.

Pero quisiera ahora referirme a su actividad profesional, a su docencia 'de alma'. ¿Cuáles eran esos rasgos que lo hacían peculiarmente valioso en el ámbito académico? Elijo tres entre ellos: - capacidad de síntesis posibilitada por el hallazgo de criterios taxonómicos; - facilitación del acceso teórico; - actitud de aprendiz.

En cuanto a su capacidad de síntesis y competencia taxonómica, era capaz de introducir en un área temática al poder mapear de modo adecuado una región teórica. Sus criterios de análisis le permitían delinear un circuito que posibilitara a su estudiante el adentrarse sin

¹ Universidad Nacional de Rosario (Rosario, Santa Fe, Argentina). datrapani@gmail.com

tropiezos en la zona a visitar. Exploraba con solvencia y luego generaba las vías adecuadas de acceso, para internarse sin perderse. Hay exploradores que no son capaces de guiar, y guías que escapan a los contratiempos de la exploración. Rubén Vasconi era un explorador temático que se transformaba en un muy buen guía. Aunaba la experiencia del explorador y la perspicacia del vigía. De los posibles accesos el buen guía elige aquellos que permitan al novato encontrar el hilván del recorrido. Tenía la claridad del guía que se sabe un mediador y no un destino.

Su principal función era la de un facilitador del acceso teórico: No era un simplificador sino un facilitador que hallaba en la transposición didáctica su ideal pedagógico. Alguna vez conversando me comentó que desde sus tiempos de estudiante, cada vez que se encontraba con un tema nuevo, su inquietud era siempre: '¿de qué manera podré enseñar esto?' Ese afán didáctico se notaba en el modo en que abordaba los temas, tratando de facilitar sin simplificar, de posibilitar sin tergiversar, preocupado porque la filosofía no se transformara en sus clases en algo abstruso o en un mero producto de divulgación. Le preocupaba tanto la precisión del lenguaje filosófico como el hallazgo de 'casos imaginarios' que dieran rostro a esa terminología específica. Siempre alejado de esos docentes que parecen regodearse en que no los entiendan, adquiriendo en esa oscuridad un halo de pretendida profundidad, o de esos otros que rescatan cualquier *doxa* para contar con los plácemes de la popularidad. Nada más alejado de su postura, ser docente era para él ser un mediador, no un opaco límite de impostada fascinación ni un halagador de cualquier vaga opinión.

En cuanto a su actitud de aprendiz, por último, era uno de sus rasgos que más admiraba, esa permanente disposición a continuar aprendiendo. Se alegraba al conseguir buena bibliografía para seguir estudiando, o algún libro que justificaba invertir tiempo y vida en su lectura. El fenómeno religioso atraía especialmente su atención en sus últimos años de estudio. Cuando aparecía algún autor o alguna corriente con la que no estaba familiarizado, no tenía inconveniente en acercarse y pedir que se lo guiara en esa área y que se lo evaluara. Recuerdo que en tres o cuatro ocasiones se acercó y me pidió bibliografía adecuada para estudiar una corriente que le resultaba ajena. Se llevaba los libros no sin antes pedir que se le sugiriera un orden de lectura, y a los meses solicitaba nuevos encuentros para zanjar sus dudas. Aparecía con sus fichas, en las que asentaba sus atisbos de comprensión, abierto siempre a que se le dijera que no había comprendido bien, dispuesto siempre a reiniciar la lectura.

Esa capacidad de síntesis encarnada en lúcidas taxonomías, esa función de mediador en áreas teóricas y esa actitud de aprendiz, hicieron de Rubén Vasconi un gran docente, uno de los mejores que he encontrado en mi vida.